

gran maestro. Vituperaba el modo con que se habían recibido en Viena y en Londres las invitaciones del primer cónsul, y en su correspondencia confidencial con la Prusia, que llegó á ser íntima, dejaba entrever que no le hubiera disgustado se le hiciesen á él las mismas. En efecto, el primer cónsul no lo había querido hacer por temor de lo que hubiera podido resultar con un carácter como el del zar; pero la Prusia, advertida de todos aquellos pormenores, se los comunicaba al gabinete francés que sacaba partido de ellos.

Antes de abrir la campaña, porque se acercaba ya la estación oportuna, llamó el primer cónsul á Mr. de Sandoz, ministro de Prusia, y tuvo con él el 5 de marzo (14 ventoso) una explicación positiva y completa. Después de una larga recapitulación de cuanto había hecho para restablecer la paz, y de cuantos obstáculos invencibles y repulsas indecorosas le habían opuesto, expuso latamente el cuadro de sus preparativos militares, y sin descubrir sus profundas combinaciones dejó entrever al ministro prusiano la magnitud de los recursos con que contaba la Francia; le declaró en seguida que confiado enteramente en la Prusia se prometía de ella nuevos esfuerzos para reunir á las potencias beligerantes mientras estuvieran ocupadas en los combates; y que á falta de una paz general, poco probable antes de una nueva campaña, esperaba del rey Federico Guillermo dos favores; la reconciliación de la república con Pablo I, y una tentativa directa cerca del Elector de Baviera para desviar á este príncipe de la coalición.—«Compónganos ustedes con Pablo, dijo el general Bonaparte; decidan ustedes además al Elector de Baviera á negar á la coalición sus soldados y su territorio, y nos habrán ustedes hecho dos favores á que les quedaremos sinceramente reconocidos. Si el Elector accede á nuestra demanda, pueden ustedes desde luego prometerle de nuestra parte toda consideración durante la guerra, y la más cumplida correspondencia durante la paz.»

Manifiestó el primer cónsul al enviado de Prusia sus miras ulteriores; le declaró que siendo el tratado de Campo-Formio la base prometida para la futura negociación, la cuestión de la frontera del Rhin se habría de ventilar más adelante con el imperio; que la independencia de la Holanda, de la Suiza y de los Estados de Italia, había de quedar formalmente garantida. Sin explicarse precisamente sobre el punto desde donde había de dejar de ser el Rhin frontera francesa, dijo tan sólo que nadie podía imaginarse que la Francia no había de exigir por lo menos hasta Maguncia, pero que de Maguncia abajo el Mosa y el Mosela podrían servir de límite. En cuanto á la Bélgica y al Luxemburgo, no había contestaciones. Añadió, por fin, que si la Rusia prestaba á la Francia los servicios que por su posición podía prestarla, se comprometía él á dar al gabinete de Berlín una influencia considerable en las negociaciones de la paz. Era, en efecto, aquel el punto en que la Prusia ponía mayor empeño, pues anhelaba intervenir en las negociaciones para que se designasen las fronteras alemanas del modo más conveniente á sus miras.

Esta entrevista, llena de oportunidad y de franqueza, produjo excelente efecto en Berlín. Respondió el rey que por lo tocante al emperador Pablo había ya interpuesto sus buenos oficios, y seguiría mediando para ponerle de acuerdo con la Francia; que con respecto á la Baviera,

ceñida por todas partes por el Austria, nada podía hacer; pero que si el emperador Pablo se pronunciaba, tal vez se conseguiría con el doble auxilio de la Prusia y de la Rusia separar al Elector de la coalición.

Después de todos estos pasos tan prudentemente concertados, sólo quedaba romper las hostilidades lo más pronto posible. Sin embargo, la estación oportuna no había entrado de lleno, y debía este año llegar más tarde que de costumbre, porque la Francia tenía que reorganizar sus ejércitos en parte disueltos, y el Austria tenía que llenar el vacío que había dejado la Rusia en las armas de la coalición. Juzgó el primer cónsul que era llegado el momento de acabar con la Vendée, primeramente para poner fin al odioso espectáculo de la guerra civil, y en segundo lugar para hacer disponibles y transportar hacia el Rhin y los Alpes las excelentes tropas que la Vendée tenía ocupadas en el interior de la república.

Las insinuaciones que dirigió á las provincias insurreccionadas, juntamente con las ofertas de paz hechas á las potencias, habían producido el más grande efecto. Dichas insinuaciones fueron sostenidas por una fuerza imponente de cerca de sesenta mil hombres sacados de la Holanda, del interior y del mismo París. Llevó el primer cónsul el arrojado hasta permanecer en esta capital, donde rebosaba á la sazón la hez de todos los partidos, sólo con una guarnición de dos mil trescientos hombres, publicándolo para que nadie lo ignorase. Para responder á los ministros ingleses que pretendían que el gobierno consular no ofrecía más estabilidad que los anteriores, mandó imprimir un estado comparativo de las fuerzas que guardaban á Londres y á París; resultaba de éste que custodiaban á Londres cuatro mil seiscientos hombres, y á París sólo dos mil trescientos, con los cuales apenas había para cubrir las guardias de simple policía que vigilan los grandes establecimientos públicos y las moradas de los altos funcionarios. Era evidente que sólo el nombre del general Bonaparte era la custodia de París.

Lo cierto fué que las provincias rebeldes se vieron de repente envueltas por un ejército formidable, y colocadas de resultas entre una paz inmediata y generosa y la certeza de una guerra de exterminio. No podían tardar mucho en abrazar un partido: d'Andigné é Hyde de Neuville habían perdido todas sus ilusiones desde que vieron de cerca al primer cónsul, y no creían más que pudiera éste restablecer á los Borbones; tampoco creían que fuera posible conseguir contra él la victoria. Hyde de Neuville, enviado por el conde de Artois para examinar el estado de las cosas, se decidió á volver á Londres, no queriendo por su parte abandonar al partido de los Borbones, pero reconociendo la imposibilidad de continuar la guerra y aconsejando á todos sus caudillos que obrara cada cual según lo requiriesen las necesidades de la época y del lugar. D'Andigné por su parte retornó á la Vendée con las noticias de lo que había visto.

El término de la amnistía iba á expirar. Los jefes del partido realista se hallaban en la alternativa de firmar una paz definitiva, ó de decidirse á emprender inmediatamente una lucha á muerte con un ejército formidable. En 1793, durante el primer entusiasmo de la insurrección, no habían podido siquiera vencer á los diez y seis mil hombres de la guarnición de Maguncia, quedando

reducidos á trabar combates heroicos y sangrientos para sucumbir al fin. ¿Qué podían, pues, esperar ahora contra sesenta mil hombres de tropas escogidas y de las primeras de Europa, de las cuales sólo la mitad había bastado para arrojar al mar á los rusos y á los ingleses? Nada en verdad, y esta era la opinión más general en las mismas provincias insurreccionadas. Sin embargo, en algunas de ellas había ciertas dudas; en la ribera izquierda del Loira, entre Saumur, Nantes y las Sables, en una palabra, en la antigua Vendée, agotados ya los brazos y todos los recursos, se experimentaba un extremo cansancio; aquel último armamento excitado sólo por la debilidad y los rigores del Directorio era reputado allí por lo que realmente era, por una verdadera locura. En la ribera derecha, alrededor de Mans, país que había sido también teatro de una lucha desesperada, dominaban iguales sentimientos. Pero en la Normandía Baja, donde la insurrección era más reciente, y donde Mr. de Frotté, caudillo joven, activo, astuto y ambicioso, guiaba á los realistas, había más disposición á continuar la guerra; y lo mismo sucedía en el Morbihán, donde la distancia de París, la cercanía de la mar y la naturaleza del terreno, ofrecían mayores alicientes, y donde Jorge Cadoudal, caudillo dotado de una energía feroz é indomable, sostenía el ardor y la pertinacia de los ánimos. En estas dos últimas provincias las comunicaciones más frecuentes con los ingleses contribuían á hacer más tenaz la resistencia. Tratábase de un extremo á otro de la Vendée del partido que se había de tomar; los emigrados pagados por la Inglaterra, cuyos servicios consistían en idas y venidas continuas, y que no tenían que soportar las tristes consecuencias de la insurrección, andaban en animadas contestaciones con las gentes del país sobre las cuales pesaba sin descanso la carga de la guerra civil. Aquellos sostenían que era preciso ponerla término. Tales representantes de intereses más ingleses que realistas, decían que el gobierno de los cónsules iba á expirar después de algunos días de engañadora apariencia, como todos los otros gobiernos revolucionarios, y que iba á expirar por el desorden de su hacienda y de su administración; que los ejércitos rusos é ingleses iban á enviar un grueso destacamento á la Vendée para tender la mano á los realistas franceses, y que les bastarían á éstos unos cuantos días más de sufrimiento para recoger el fruto de ocho años de esfuerzos y de combates, alcanzando por fin como premio de su tesón y constancia el honor probable de conducir á París á los Borbones victoriosos. Los facciosos que no acostumbraban á buscar refugio en Londres ni á vivir con dinero inglés, que permanecían con sus compañeros, que veían sus tierras taladas, sus casas incendiadas, sus mujeres y sus hijos expuestos al hambre y á la muerte, decían por el contrario que al general Bonaparte no le había sido jamás contraria la fortuna en cuanto había emprendido; que en París en vez de creerse que todo se disolvía, se creía que todo se reorganizaba bajo la mano afortunada del nuevo jefe de la república; que esa misma república, que suponían extenuada, acababa de enviar contra ellos un ejército de sesenta mil hombres; que esos rusos y esos ingleses tan ponderados acababan de deponer las armas ante una mitad de aquel ejército; que era cosa muy fácil trazar en Londres grandes proyectos, hablar de lealtad y de constancia,

hallándose en salvo y fuera de la escena, sin tomar parte en los sucesos ni sufrir sus consecuencias; y que era preciso hablar con más moderación en aquella materia delante de los que estaban soportando ocho años hacía los males de la más espantosa guerra civil. Entre aquellos realistas fatigados declábase también, ó se insinuaba, que el general Bonaparte, con su propensión á lo bueno, después de haber restablecido la paz, hecho cesar la persecución y restaurado los altares, restauraría quizá también el trono (1); y repetíanse al propósito todas las fábulas que desde la entrevista de d'Andigné é Hyde de Neuville con el primer cónsul no creían ya los principales realistas, pero que habían conservado cierto crédito entre las clases inferiores del pueblo faccioso y contribuían á acercar los ánimos al gobierno.

Vivía en la antigua Vendée un clérigo conocido por el nombre de abate Bernier, cura de Saint-Laud, destinado á tomar parte en breve en los negocios de la república y del imperio, el cual por su claro entendimiento y natural destreza había logrado grande ascendiente entre los caudillos realistas. Había visto de cerca aquella larga insurrección que ningún fruto producía sino miserias y desgracias, juzgaba que la causa de los Borbones estaba perdida, al menos por entonces, y creía que sólo podía salvarse del trastorno general producido por la revolución francesa el antiguo altar de los cristianos. Bien enterado sobre este último punto por los actos del primer cónsul y por sus frecuentes comunicaciones con Hedouville, no dudaba un punto que sometiéndose se conseguiría la paz, el fin de las persecuciones, y la tolerancia al menos, si no la protección del culto. Aconsejó pues la sumisión á todos los antiguos caudillos de la ribera izquierda, y él hizo enmudecer con su influjo á todos los que traían y llevaban órdenes y planes entre Londres y la Vendée. Verificóse una reunión en Montfaucon, y allí en junta de oficiales realistas hizo el cura Bernier que Mr. d'Autichamp, caballero joven y bizarro, pero dócil al consejo, se decidiese á someter las armas en nombre de la provincia. Firmóse la capitulación en 18 de enero (28 nivoso). Prometía la república en ella respeto al culto, exención del impuesto por algún tiempo en las provincias asoladas, y cancelación de la lista de emigrados para todos los caudillos. Los realistas por su parte prometían su sumisión completa y la inmediata entrega de sus armas.

El mismo día 18 de enero escribió el abate Bernier lo siguiente al general Hedouville: «Sus votos de usted y los míos están cumplidos. Hoy á las dos han aceptado la paz en Montfaucon con agradecimiento todos los jefes y oficiales de la ribera izquierda del Loira. La ribera derecha seguirá sin duda su ejemplo, y la oliva de la paz descollará en ambas orillas en vez de los tristes cipreses que hizo brotar la guerra. Envío á usted esta feliz noticia por conducto de los señores Baurollier, Duboucher y Renou, que recomiendo á la benevolencia de usted y del gobierno. Incluidos injustamente en la fatal lista de 1793, se han visto despojados de sus haciendas; han hecho ese sacrificio á la necesidad de las circunstancias, y no por eso han deseado

(1) El mismo Luis XVIII concibió esperanzas de verse puesto en el trono por Bonaparte, lo cual le determinó á escribirle una carta que verán nuestros lectores en el libro VI. (N. del T.)

menos la paz; esta paz, general, es obra de usted: manténgala pues en nombre de la caridad y la justicia; su felicidad y su gloria están ligadas á ella. Para llenar sus saludables miras de usted haré cuanto esté de mi parte: la prudencia lo manda y la humanidad lo requiere... Mi corazón pertenece todo entero al país que habito, y su dicha es el primero de mis votos.

»BERNIER.»

Este ejemplo produjo su efecto. Dos días después los facciosos de la ribera derecha mandados por un noble y valiente anciano, Mr. de Chatillon, y cansados como él de servir á las miras de la Inglaterra más que á la causa del trono, se rindieron también, y toda la antigua Vendée quedó pacificada. Grande fué el alborozo así en los campos, donde reinaba el realismo, como en las ciudades, donde reinaba por el contrario el espíritu de la revolución. En muchas como Nantes y Angers, los jefes realistas fueron recibidos en triunfo, y festejados como hermanos llevando su escarapela tricolor. Empezaron por doquiera á entregarse las armas y á someterse los habitantes con buena fe al influjo de una buena opinión que poco á poco iba siendo general, á saber, que la guerra sin reponer á los Borbones sólo produciría derramamiento de sangre y destrozos en el país, y que la sumisión, por el contrario, proporcionaría el reposo, la seguridad y al restablecimiento de la religión, que era la más deseada de todas las cosas (1).

Pero la pacificación encontraba mayores obstáculos en la Bretaña y Normandía. La guerra por aquel lado era más reciente como ya dijimos, y no había causado tantos males y fatigas; proporcionaba además á algunos vergonzosos beneficios, al paso que en la Vendée sólo reportaba padecimientos. El centro de la Bretaña y el límite de la Normandía eran los puntos adonde se habían refugiado todos los chuanes, es decir, todos los hombres avezados con la insurrección al merodeo y á la rapiña, que eran ya el elemento necesario de su existencia. La guerra de éstos iba enderezada más aún á las arcas de los tesoros, á las diligencias, y á los compradores de bienes nacionales, que á la misma república. Tenían establecidas sus relaciones con una turba de truhanes que residían en París, y de ellos recibían

(1) Tanto los antecedentes recogidos por los biógrafos sobre la conducta del abate Bernier, como algunos hechos de este mismo posteriores á la pacificación de la Vendée, inducen á creer que el celo que desplegó en aquella negociación no era de todo punto desinteresado. Mr. Capefigue, que tuvo á su disposición para escribir su historia gran copia de documentos oficiales, afirma que el cura Bernier fué uno de los instrumentos de corrupción empleados por el ministro de la Policía Fouché como poderosos auxiliares de las medidas de intimidación adoptadas por Bonaparte. Según el referido historiador, existían en la Vendée y en todo el país realista profundas y si se quiere mezquinas rivalidades entre unos y otros cantones, acerca de la preeminencia de sus respectivos privilegios y franquicias; estas disputas pueriles favorecían los progresos del ejército republicano, y Fouché se aprovechó de ellas, sirviéndose especialmente del cura Bernier, quien al mismo tiempo que sembraba la zizaña entre los caudillos facciosos, servía á la Iglesia y á su país apresurando el término de la guerra civil y la restauración prometida de los altares. Las negociaciones de Fouché con Bernier fueron afortunadas, porque además de concurrir en el último una voluntad decidida con gran fondo de actividad y audacia, poseía el primero el conocimiento profundo de los instintos del clero, y de su poder sobre la exaltada imaginación de los vandeanos.

(N. del T.)

los avisos por donde se guiaban en sus expediciones. Finalmente en el Morbihán, que era el foco de la más tenaz insurrección, Jorge Cadoudal, el único implacable entre los caudillos vandeanos, recibía de los ingleses dinero, socorros y materiales para empeñar más su resistencia; por cuya razón permanecía inflexible y sin la menor disposición á someterse.

Pero estaban hechos los preparativos para aniquilar á los cabecillas realistas que no quisieran rendirse. El 21 de enero (1.º pluvioso), el general Chabot, rompiendo la suspensión de armas, marchó contra las bandas del centro de la Bretaña mandadas por Bourmont y La Prevalaye. Encontró cerca del concejo de Melay á Bourmont, que iba á la cabeza de cuatro mil chuanes, y que después de una vigorosa embestida tuvo que ceder á la fuerza de los republicanos, acostumbrados á vencer á soldados aguerridos, cuanto más á simples labriegos. El mismo Bourmont, después de correr inminente riesgo en su persona, sólo pudo ponerse en salvo con gran trabajo: obligado en breve á reconocer que nada podía hacer ya por su causa, rindió su espada el 24 de enero (4 pluvioso).

El general Chabot marchó después sobre Rennes para dirigirse desde allí hacia el interior de la Bretaña, donde el general Brune juntaba numerosas fuerzas. El 25 de enero (5 pluvioso) varias columnas procedentes de Vannes, de Auray y de Elvén al mando de los generales Harty y Gency tuvieron encuentro en Grandchamp con las bandas de Jorge. Los generales republicanos habían encaminado hacia Vannes provisiones de granos y ganados que requisaron en las aldeas insurreccionadas; quisieron los chuanes apoderarse del convoy, pero las columnas de escolta los rodearon, y á pesar de su vigorosa resistencia les mataron cuatrocientos soldados y varios jefes, y los pusieron en completa derrota. Al siguiente día 27 perecieron también en Hennebón de resultas de un combate violento trescientos chuanes, con lo que todas las esperanzas de la insurrección quedaron desvanecidas. Hallábase muy cercano á las costas un buque inglés de ochenta cañones, con algunas fragatas, que presenciaron cuán quiméricas eran las ilusiones que habían halagado al gobierno británico; pero el engaño había sido recíproco, porque el gobierno británico por su parte había prometido una nueva expedición como la de la Holanda, y los bretones por la suya un levantamiento en masa, y ni lo uno ni lo otro tuvieron lugar. Varios realistas recién desembarcados lograron con alguna dificultad juntarse en lanchas con la división inglesa, y fueron recibidos como emigrados que habían prometido mucho y cumplido poco. Vióse reducido Jorge á deponer las armas, y á entregar veinte mil fusiles, y veinte piezas que acababa de recibir de Inglaterra.

Mr. de Frotté, caudillo joven y muy adicto á su causa, era en la Normandía Baja con Jorge Cadoudal el realista más resuelto á continuar la guerra: fueron en su persecución los generales Gardanne y Chambarlhac, destacados de la guarnición de París, y tuvieron en varios puntos choques muy empeñados. El 25 de enero (5 pluvioso), alcanzó á Mr. Frotté el general Gardanne en las ferrerías de Cossé, cerca de la Motte-Fouquet, y le causó mucha pérdida. El 26 (6 pluvioso), uno de los caudillos llamado Duboisgny fué atacado en su castillo

del mismo nombre, cerca de Fougères, y sufrió también, como Mr. de Frotté, una pérdida considerable. Finalmente el 27 (7 pluvioso), el general Chambarlhac envolvió en las cercanías de Saint-Christophe, no lejos de Alençon, á algunas compañías de chuanes, y los hizo pasar por las armas.

Mr. de Frotté, viendo como los otros, aunque por desgracia demasiado tarde, que toda tentativa de resistencia era imposible con las numerosas columnas que se habían apoderado del país, pensó que era llegado el tiempo de rendirse. Escribió pidiendo la paz al general Hedouville, que en aquel momento se hallaba en Angers, y mientras recibía la respuesta propuso una suspensión de armas al general Chambarlhac. Contestóle éste que no teniendo poderes para tratar iba á dirigirse al gobierno pidiendo autorización, pero que en el intervalo no podía cargar con la responsabilidad de un armisticio, á menos que Mr. de Frotté se aviniese á entregarle inmediatamente las armas de sus soldados. Esto era cabalmente lo que más temía el caudillo realista; consentía sí en someterse y en firmar una pacificación momentánea, pero no quería quedar desarmado para la primera ocasión favorable que luego se le pudiera ofrecer de renovar la guerra. Escribió á sus lugartenientes varias cartas en que les mandaba rendirse, encargándoles al mismo tiempo que conservasen su armamento. Entretanto irritado el primer cónsul por la obstinación de Mr. de Frotté, había mandado no darle cuartel, y hacer con él un escarmiento. Inquieto éste porque no recibía contestación ninguna á sus proposiciones, resolvió ponerse en comunicación con el general Guidal que mandaba en el departamento del Orne, y fué capturado con seis de los suyos mientras andaba solicitando parlamento. Las cartas que le encontraron, donde constaba la orden de rendirse conservando las armas dada á sus subalternos, pasaron como un acto de verdadera traición; por lo cual se le condujo á Verneuil y se le entregó á una comisión militar (1).

(1) La desgraciada suerte del joven marqués de Frotté se debió indudablemente á otras causas que no refiere en esta historia Mr. Thiers.

Con fecha del 25 pluvioso, anunciaba el general Brune al ministro de la Guerra «que las cláusulas de la pacificación de los departamentos de las Costas del Norte, del Morbihán y de Finisterre, habían quedado definitivamente establecidas, y que las tropas de chuanes se disolverían inmediatamente, habiéndoles exigido que entregasen sin restricción sus armas, cañones y municiones de guerra.» Es pues indudable que el marqués de Frotté había capitulado, y que se hallaba comprendido en los términos de la pacificación. Pero la carta que supone equivocadamente Mr. Thiers que se le encontró, era motivo suficiente para suponer que había infringido el pacto, y entregarle como capturado con las armas en la mano á una comisión militar que fallase su causa en veinticuatro horas? Dicha carta se encontró en poder del comandante realista Hugón, á quien iba dirigida, y no en poder de Frotté; y vemos por otro lado que en la comunicación oficial que el general Lefebvre, comandante militar de París, dirige al primer cónsul dándole traslado del parte en que el general Chambarlhac le anunciaba haber capturado á siete caudillos realistas, entre los cuales se hallaba Frotté, se decía expresamente: «Los siete cabecillas rebeldes han sido conducidos con una buena escolta á Verneuil, y he convocado inmediatamente una comisión militar para que les aplique la ley en el término de veinticuatro horas», sin hacer la más remota mención de la susodicha carta. No era pues esta la causa principal del extraordinario rigor que desplegó el gobierno contra Frotté y sus seis desgraciados compañeros; es preciso buscarla en las exigencias de los patriotas, entre cuyo partido quiso el primer cónsul

La noticia de su arresto llegó á París, y al punto rodeó al primer cónsul una turba de pretendientes solicitando la suspensión de los procedimientos, que venía á ser lo mismo que el perdón; pero el correo despachado por el gobierno llegó demasiado tarde; los departamentos insurreccionados habían sido declarados en estado excepcional; Mr. de Frotté fué juzgado sumariamente, y cuando llegó la gracia de la prórroga aquel joven y bizarro caudillo había ya sufrido la pena de su obstinación. La doblez de su conducta, aunque probada, no era sin embargo tan vituperosa que no debiese lamentarse mucho semejante justicia, única que ensangrentó aquel afortunado término de la guerra civil (2).

restablecer su crédito algo menoscabado por la circunstancia que pasamos á referir.

Al mismo tiempo que el destronado rey de Francia escribía á Bonaparte la lisonjera carta á que nos hemos referido en una nota anterior, su hermano el conde de Artois, esperanzado también con los síntomas de restauración que creía ver en las saludables medidas de orden y buen gobierno que se iban adoptando, despachó á París en calidad de graciosa mensajera á la célebre madama de Guiche ofreciendo al mismo Bonaparte plenos poderes para administrar el reino como gran condestable, la propiedad de Chambón con un parque de cincuenta cañones, como en recuerdo de sus triunfos, y dos millones de francos de renta. Madama de Guiche reunía á las naturales gracias de su sexo y de su juventud sobrados alicientes en sus aristocráticos modales y en su agudo ingenio para no ser recibida con entusiasmo, y casi con la exagerada infatuación á que es de suyo propenso el carácter francés, por una sociedad tan inestable como la parisiense en sus caprichos, y que á la sazón tenía hasta por de buen tono la reacción hacia las opiniones y estilos borbónicos: Josefina, á quien aficionaban sus antecedentes al mismo barniz aristocrático, intimó inmediatamente con ella, la dispuso triunfos en sus brillantes salones, y tanto cundió la moda de festejarla y distinguirla, que el adusto partido de los patriotas comenzó á murmurar en obscuros conciliábulos contra aquel funesto ascendiente. El ministro Fouché se presentó al primer cónsul, le representó sus temores, le dijo con energía «que era preciso poner término al imprudente cacareo de Josefina y de sus favoritas que jugaban ya á la restauración», y aquel mismo día se dió la orden para que madama de Guiche saliese inmediatamente de París. A esta medida se agregaron otras igualmente destinadas á servir de satisfacción al partido revolucionario; y habiendo acaecido en aquellos días las derrotas de Bourmont y de los otros caudillos vandeanos, creyó Bonaparte que desplegando nuevo rigor en la represión de la facción realista daba á entender á aquéllos de una manera inequívoca que para él no había transacción posible con los Borbones, que cuanto se había propalado sobre su correspondencia con Luis XVIII era de todo punto falso, y que por último estaba muy lejos de querer restaurar el trono. Entonces fué cuando el gobierno consular resolvió inexorable la muerte del valiente Frotté, y de aquel otro desgraciado mártir de la ambición y de la lealtad, el tierno Toustaint, que subió intrépido al cadalso en la plaza de Luis XV de París, mostrando en su inocente rostro los arboles de una juventud de solos diez y seis años. (N. del T.)

(2) Ya han visto los lectores al fin de la nota anterior que no fué la única, como supone Mr. Thiers. Al mismo tiempo que la familia de Bonaparte salía en París al quebrar el alba de un baile dado por el ministro del Interior, hermano del primer cónsul, atravesaba por entre el pueblo conternado que ocupaba la plaza de Luis XV un mancebo de 16 años que se dirigía intrépido á morir fusilado. Una comisión militar inicuá, reunida precipitadamente, le declaró culpado del delito de haber pasado á París á hacer acopio de pólvora y municiones de guerra para las tropas realistas, de las cuales mandaba un destacamento bajo las órdenes de Bourmont, cuando era público y notorio que sólo había ido á la capital á abrazar á su padre, preso en la cárcel del Temple. Llevaba Toustaint su uniforme blanco, con la cruz de San Luis al pecho, y empolvada su blonda y rizosa melena; no había en su infantil semblante el más ligero livor de tristeza ó miedo; en su

Los departamentos del Oeste gozaron de completa paz desde aquel momento. La prudencia del general Hedouville, la entereza, la prontitud de los medios que se emplearon, el cansancio de los rebeldes, y la mezcla de temor y de confianza que les inspiraba el primer cónsul fueron los instrumentos de aquella pacificación tan rápida que á fines de febrero de 1800 (en los primeros días de ventoso) quedó completamente terminada. El desarme se fué verificando por todas partes; quedaban sólo algunas partidas de salteadores que pronto había de exterminar una justicia activa é inexorable, y las tropas empleadas en el Oeste se pusieron en marcha hacia París para contribuir á los vastos desígnios del primer cónsul.

Volvió á regir la Constitución suspendida en los cuatro departamentos del Loira inferior, de Ille y Vilaine, del Morbihán y de las Costas del Norte, y la mayor parte de los jefes que acababan de rendir sus armas fueron sucesivamente llamados á París para ponerse en contacto con el primer cónsul. Bien conocía éste que no bastaba arrancarles las armas de las manos, sino que era menester granjearse aquellos ánimos propensos á la exaltación, y dirigirles hacia un objeto noble. Propóníase arrastrar consigo á los caudillos realistas hacia la inmensa carrera que á la sazón se abría para todos los franceses, y guiarlos á la fortuna y á la gloria por la misma senda de peligros que estaban acostumbrados á recorrer. Invitóles á que fuesen á verle; su renombre que inspiraba vivo deseo de acercarse á él á cuantos tenían ocasión de conseguirlo, su beneficencia tan pregonada ya en la Vendée, y tan necesaria para las numerosas víctimas de la guerra civil, eran para los jefes realistas otros tantos motivos honrosos para ser presentados á él. Recibió el primer cónsul y acogió con sumo agrado, primero al cura Bernier, y después á Bourmont, d'Autichamp, Chatillón, y por último al mismo Jorge Cadoudal. Distinguió al cura Bernier, y resolvió atraersele empleándole en los arduos negocios de la Iglesia. Tuvo frecuentes pláticas con los caudillos militares, les persuadió con su noble lenguaje, é hizo que algunos se decidiesen á servir en los ejércitos franceses. Consiguó ganarse al mismo Chatillón, el cual volvió á su retiro, se casó, y fué luego el mediador ordinario y siempre atendido de sus conciudadanos en todas las ocasiones en que había que solicitar del primer cónsul algún acto de humanidad ó de justicia. No hay mejores medios que la gloria, la clemencia y los beneficios para terminar las revoluciones.

Sólo Jorge Cadoudal resistió á su poderoso influjo. Cuando fué presentado en las Tullerías, el edecán encargado de introducirle concibió tal temor á su aspecto, que no quiso cerrar la puerta del gabinete del primer cónsul, adonde sin cesar se acercaba á hurtadillas para ver lo que pasaba dentro (1). La entrevista fué larga;

expresión por el contrario se pintaba la hermosa serenidad de su alma. — Llegó impávido y con la frente erguida al lugar del suplicio, y dando él mismo la voz de ¡fuego! expiró entre los murmullos del pueblo que le consagró más de una lágrima de varonil despecho. (N. del T.)

(1) Un testigo ocular cuenta que Bonaparte recibió á Jorge Cadoudal en el salón grande de las Tullerías que mira al jardín, separado del gabinete donde se hallaban el edecán de servicio y secretario Bourrienne por la alcoba de respeto, cuyas dos puertas dejó dicho edecán abiertas á intento.

en vano repitió el general Bonaparte á Cadoudal las palabras de patria y de gloria; en vano empleó el cebo de la ambición con el corazón de aquel feroz soldado de la guerra civil; nada consiguió, y él mismo se convenció de ello observando el semblante de su interlocutor. Al separarse de él partió Cadoudal para la Inglaterra en compañía de Hyde de Neuville; y muchas veces al contar aquella entrevista á su compañero de viaje, exclamó mostrándole sus brazos vigorosos: ¡Qué mal he hecho en no ahogar á ese hombre entre mis brazos!

La pronta pacificación de la Vendée produjo grande efecto en los ánimos. Algunos hombres malignos que no querían reconocer las causas naturales que la habían producido, que eran la energía de los medios materiales, la prudencia en el empleo de los medios morales, y sobre todo el influjo del gran nombre del primer cónsul, pretendían que había habido tratos secretos con los vandeos, prometiéndoles en ellos alguna satisfacción de monta. No se decía claramente cuál era, pero se insinuaba que sería tal vez mucho más que el restablecimiento de los principios del antiguo régimen, esto es, el de los mismos Borbones. Los noveleros del partido revolucionario eran los que propalaban aquellos cuentos y patrañas, pero las personas sensatas que apreciaban mejor los actos del general Bonaparte, decían entre sí que no se emprendían cosas tan grandes en beneficio ajeno, y creían que si no trabajaba únicamente para la Francia lo hacía al menos para sí propio, y en manera alguna para los Borbones. Por lo demás la pacificación de la Vendée era á los ojos de todos uno de los más felices acontecimientos que presagiaba una paz más importante y más difícil de conseguir, á saber: la paz con la Europa.

Antes de abrir la campaña de aquel año, se apresuró el primer cónsul á cerrar las sesiones del cuerpo legislativo y á acelerar la adopción de los numerosos proyectos de ley que había presentado. Quejábanse muchos miembros del tribunalado de la rapidez y premura con que se les hacía discutir y votar. «Nos vemos arrebatados, decía el tribuno Sedillez, hombre imparcial y moderado, nos vemos arrebatados por un *remolino de urgencia*, cuyo rápido movimiento se dirige hacia el objeto de nuestros anhelos; cuánto mejor no es por consiguiente ceder al ímpetu de este movimiento que exponerse á interrumpir su curso? El año próximo examinaremos con mayor detenimiento y madurez los proyectos presentados, y rectificaremos lo que requiere enmienda.» Todo en efecto caminaba rápidamente hacia el objeto que el primer cónsul se había propuesto. Las leyes votadas se ponían en ejecución; los funcionarios nombrados se dirigían á sus puestos, los nuevos prefectos empezaban á desempeñar sus cargos, y la administración presentaba por todas partes un conjunto y una actividad desconocidos hasta entonces. Las contribuciones atrasadas iban ingresando en las arcas del Tesoro á medida que la formación de las listas permitía presentarse con un título legal á los contribuyentes. Cada día señalaban medidas nuevas con mayor evidencia la marcha política del gobierno; acabábase de conceder el beneficio de poder volver á sus hogares á los proscritos incluidos en una segunda lista; figuraban en ella Fontanes, La Harpe, Suard, Sicard,

Michaud, Fievée y otros, todos amnistiados y autorizados para volver de su destierro ó dejar sus asilos. Los miembros de la Asamblea Constituyente, que se habían distinguido votando la abolición de las instituciones feudales, quedaban exentos de todos los rigores con que les persiguieron la Convención y el Directorio. El ex director Barthelemy, famoso proscrito del 18 fructidor que negoció y firmó el primer tratado de paz de la república, fué nombrado senador á propuesta de los cónsules. Finalmente otro proscrito de la misma época, el distinguido Carnot, recientemente llamado de su destierro, nombrado después inspector de revistas, fué puesto en el ministerio de la Guerra en reemplazo del general Berthier encargado del mando de uno de los ejércitos de la república. El nombre de Carnot, que iba enlazado á la memoria de las victorias de la Convención en 93, gozaba á la sazón de gran reputación militar; y aunque el del general Bonaparte fuese bastante por sí solo á reprimir los alientos de la coalición, unidos entrambos produjeron profunda sensación entre los militares extranjeros.

Próximas las sesiones á su término, hizo el tribunalado su última tentativa de oposición que no dejó de causar alguna alarma, aunque la sofocó una grande mayoría. Debía el cuerpo legislativo durar sólo seis meses; para las sesiones del tribunalado no había término fijo: podía, pues, este último reunirse aun cuando las vacaciones del cuerpo legislativo le dejasen sin negocios en que entender. Para llenar este hueco se le propuso que se encargase exclusivamente de admitir peticiones sobre los objetos de un interés general, en los cuales había de emitir su voto. Propuso Benjamín Constant que aquellas peticiones pasasen á diversas comisiones, que quedasen éstas sometidas á una tarea continua, y que por aquel medio se proporcionase el tribunalado no sólo la discusión de todos los actos del gobierno, cosa de suyo muy legítima, más también el derecho permanente de discutir durante el año entero. Esta proposición fué desechada en su extremo más grave; decidióse que el tribunalado se reuniría una vez cada quince días para oír los informes sobre las peticiones presentadas, y que redactase estos informes la mesa de la Asamblea, es decir, el presidente y los secretarios. Reducida á estos términos, la proposición no tenía ya nada de alarmante.

Salva esta última tentativa, cerráronse las sesiones, aun las del mismo tribunalado, en perfecta calma. Los proyectos del gobierno habían conseguido tal mayoría, que para cobrar animosidad contra aquel cuerpo por una oposición reducida á menos de dos docenas de individuos, hubiera sido preciso ser excesivamente vengativo ó puntilloso. El primer cónsul, aunque inclinado de suyo á no sufrir impertinencias, tomó el partido de despreciarla; así, pues, las primeras sesiones del año VIII no correspondieron con los temores que se complacían en divulgar los propaladores de las malas nuevas. Si el estado de las cosas hubiera seguido siendo el mismo, se hubiera pasado tal vez por aquel último simulacro de asambleas deliberantes; hubieranlas igualmente consentido aquella generación asustadiza y el jefe que ella misma puso á su frente.

Poco antes de cerrarse las sesiones tomó el primer cónsul con respecto á la prensa periódica una medida que sería hoy un verdadero fenómeno, punto menos

que imposible, pero que entonces, merced al silencio de la Constitución, era estrictamente legal, y merced al espíritu de la época casi insignificante. En efecto, nada decía la Constitución que atañase á la prensa periódica, y parecerá sin duda chocante que una libertad tan capital como la de escribir no fuese mentada siquiera una vez de una manera especial en la ley fundamental del Estado. Pero la tribuna entonces, así en las asambleas como en los clubs, había sido el instrumento de preferencia de que se valían las pasiones revolucionarias para manifestarse, y tan lato había sido el derecho de hablar que apenas se pensó en el derecho de escribir. En la época del 18 fructidor se hizo mayor uso de la prensa, pero particularmente la emplearon los realistas, y fué tanto el enojo que excitó de parte de los revolucionarios, que después la miraron casi con desprecio. De aquí resultó que aunque proscrita en 18 fructidor nadie se acordó de ella para usarla en sentido contrario, y que en la redacción de la Constitución del año VIII quedó omitida y entregada á la arbitrariedad del gobierno.

El primer cónsul, que había ya soportado con poca paciencia los ataques de los diarios realistas mientras era mero general del ejército de Italia, comenzaba ahora á llevar á mal las indiscreciones que la prensa cometía entrometiéndose en las operaciones militares y los ataques virulentos que se tomaba la libertad de dirigir contra los gabinetes extranjeros. En sus tareas dificultosas y constantes, encaminadas á reconciliar á la república con la Europa, temía que los periódicos republicanos, desencadenados contra los gabinetes, sobre todo después de la repulsa con que habían respondido á los ofrecimientos de la Francia, llegasen á hacer vanos todos sus esfuerzos conciliadores. El rey de Prusia principalmente se mostró quejoso de alguno de ellos, y el primer cónsul, que quería borrar por todas partes las huellas de la violencia, y que con respecto á la libertad de imprenta no tenía entonces una opinión pública fija y decidida que le contuviera, tomó una decisión por la cual suprimió gran número de periódicos, designando al mismo tiempo los que tendrían el privilegio de continuar saliendo; disposición que había de permanecer en vigor hasta la pacificación general. Trece eran los periódicos que se conservaban: *El Monitor Universal*, *El Diario de los Debates*, *El Diario de París*, *El Bien informado*, *El Publicista*, *El Amigo de las leyes*, *La Clave del gabinete*, *El Ciudadano francés*, *La Gaceta de Francia*, *El Diario de los hombres libres*, *El Diario de la tarde*, *El Diario de los defensores de la Patria*, *La Década filosófica*.

A estos diarios privilegiados se les advertía además que los que publicasen artículos contra la Constitución, contra el ejército, sus intereses ó su gloria, que se propasasen á invectivas contra los gobiernos extranjeros, amigos ó aliados de la Francia, serían inmediatamente suprimidos.

Semejante medida, que tan extraordinaria parecería hoy, fué recibida sin murmuración y sin asombro: tan cierto es que sólo da valor á las cosas el espíritu que en cada época domina.

Los votos exigidos á los ciudadanos sobre la nueva constitución fueron recogidos y contados. Comunicóse el resultado del escrutinio por medio de un mensaje de